

FERNAN SILVA VALDES

AUTO BIOGRAFIA

Apartado de la
"Revista Nacional" Nos. 193-194

MONTEVIDEO

1958

A U T O
B I O G R A F I A

AUTOBIOGRAFIA

El Director de la REVISTA NACIONAL me pide una biografía que contenga más detalles que los que aparecen en las páginas biobibliográficas que suelen publicar sobre mí, las revistas literarias, escolares; o bien los diccionarios, algunos de enfoque contemporáneo y universal como «World Biography», editado en EE. UU.

Esto de escribir *su biografía* no creo que sea asunto usual en nuestro medio literario-artístico; ni aún agrandándose hacia el medio rioplatense, o hacia el suramericano. Mas no por ello he de mostrar asombro, ya que estoy habituado a recordar y escribir noticias biográficas para diversos Institutos de enseñanza, revistas escolares y hasta para los niños de las escuelas públicas de todo el Uruguay. En algunas escuelas, cada *clase*, o *grado*, y a veces hasta *cada niño*, me escriben pidiéndome retrato y datos de nacimiento, fechas de la edición de mis libros, etc., etc. Y como no creo tener importancia como para merecer toda esa atención, más que a otra cosa debida a la simpatía que, posiblemente despierte esta modalidad mía, cordialmente llana, amén de cierta vanidad en broma con que suelo hablar de mi mismo; voy a escribir, a solicitud del Director de la REVISTA NACIONAL, el escritor don José Pereira Rodríguez, una biografía de mi vida ya larga, gracias a Dios, y nada pobre en episodios a veces pintorescos (las más), a veces trágicos; síntesis o extractos de unas *memorias* algo más detalladas que también, y muy a los tropezones, como un «trabajo a desgano», vengo escribiendo a insistentes pedidos de amigos jóvenes, que oyen con placer el relato de mis andanzas por campos gaucheros y arrabales con ramos de taitas en las esquinas, orejeando el paso de las minas que-rendonas. Pero, la voy a escribir así, como es mi parla, tan sin solemnidad, que comienzo del modo siguiente:

MONTEVIDEO - SARANDI DEL YI

Nací un quince de octubre del año «no quiero acordarme», en la calle Colón de la ciudad de Montevideo, ya que mi madre no se animó a *tenerme* en el entonces pueblito Sarandí del Yí, donde por razones fortuitas, se había ido a vivir con mi padre, después de su matrimonio, realizado en la citada capital donde vivían. De los recuerdos de aquel simpático pueblito, donde si no vi la luz primera, fui engendrado, he dado poético testimonio en un viejo romancillo archiconocido, que no puedo dejar de transcribir, ya que parece haber sido escrito (y va de años que lo hice) para este especialísimo momento. Me refiero al romance titulado:

ROMANCE DE MI INFANCIA

Pueblo Sarandí del Yí
acollarado a mi infancia,
en mi borroso recuerdo
tengo, patente, mi casa:
un caserón primitivo
con sus tejas coloradas
atado por un sendero
al gran árbol de la plaza.

Mi padre siempre escribiendo
en hojas inmaculadas;
mi madre con su costura
toda rodeada de hilachas.
La peona cebando mate
en una gran calabaza;
un mulato me mecía
entre dos tragos de caña;
y para mi boca niña,
para mi boca paisana,
no había más caramelos
que el canto de las calandrias.

Tenía que salir cantor
de las cosas uruguayas
quien tuvo padres y abuelos
criollos en cuerpo y en alma;
y vivió en un pueblo gaucho
varios años de su infancia;
y tuvo por digno ayo
mulato de aquella laya,
y tuvo por caramelos
el canto de las calandrias.

Este romancillo es muy conocido en las escuelas. Lo recitan los niños y lo digo yo mismo cuando acudo a ellas, llamado por los maestros. Y siempre les hago ver, poniéndolo como ejemplo, lo que va en arte, en poesía, *de la realidad a la irrealidad*; a la fantasía; y que en nombre de la belleza, en arte está permitido *mentir*; puesto que la parte más bella del romancillo, la que más gusta, es aquella en que me pinto como un pobre niño campesino *que no tiene ni caramelos*, pero al cual *los pájaros se lo dan en sus cantos*:

Y para mi boca niña,
para mi boca paisana,
no había más caramelos
que el canto de las calandrias.

Esto tiene, al par, una parte cómica que agranda la *bella mentira*, en el hecho de que (cosa que yo ignoraba cuando escribí el poemita) al lado de nuestra casa había una *confitería*; y que mi madre (me lo contó ella misma riéndose mucho) en algunas tardes, aburrída, cuando mi padre salía a lejanos parajes ejerciendo su profesión de escribano público, se iba conmigo de la mano, a casa del confitero y su mujer, y les ayudaba a *encartuchar* caramelos y confites. ¡Cómo aplauden los niños cuando les narro este caso, y qué felices se sienten!

Luego de estos primeros años de infancia pasados en Sarandí del Yí, cuando iba a nacer mi hermana —la menor de los tres hermanos— volvieron por tercera vez mis padres a Montevideo, y ya se quedaron. Era lo lógico. Aquí tenían, ambos, sus familias.

EN LA QUINTA DE MATURANA Nº 7

Entonces nos fuimos a vivir a la quinta de la calle Maturana Nº 7; restos de la fortuna de mi abuelo materno don Juan Venancio Valdés, figura guerrera que yo he cantado en el «Romance de Juan Valdés», y en «Salida de Juan Valdés», en mi libro «Los romances chúcaros». En dicha quinta viví el resto de mi infancia, mi adolescencia y parte de mi juventud, hasta el año 1924 en que me casé y pude construir, con dinero ganado «a punta de verso», con los libros escritos para los niños, una pequeña casa española en la calle Uruguayana, en un pedazo del propio terreno de la quinta.

Lo que sé de folklóre y de cosas y costumbres del gaucho, lo aprendí por mi grande afición a dichas costumbres, practicándolas en las estancias de parientes y amigos a las cuales acudía por temporadas, a veces con grupos de amigos, también *locos* por el campo. Así aprendí a tocar la guitarra, cantar, enlazar, correr carreras (en realidad, esto lo aprendí casi de niño en las playas Bella Vista y Capurro, en Montevideo). Además, en la quinta, mi padre tenía caballos para su andar, para su placer de señor criollo, con los cuales acudía a las cabalgatas que, en la época, se estilaba realizar; y solía ir acompañado de mi tía Luisa Valdés, hermana menor de mi madre, la cual como soltera vivía con nosotros, lo mismo que mi otra tía Julieta, la mayor de las tres hermanas Valdés, también soltera y que fue para nosotros una segunda madre.

MI PRIMER ESCUELITA

Frente a los portones de hierro de la quinta de la calle Maturana, había una vieja capilla en la cual se oficiaba misa todos los domingos; y en los demás días, los bancos desde donde se asistía a la misa, eran ocupados por veintitantos niños del barrio; y la ca-

pilla, con el altar separado por una gran cortina, se transformaba en escuela. El maestro era un viejo señor Don Camilo Ros, quien se sentaba en la parte alta que venía a ser el *coro*; y el cual vivía allí con su esposa e hijos. Tal maestro enseñaba con métodos tan anticuados como los de aprender la gramática de memoria y hacer problemas con *onzas, libras, arrobas, toneladas y quintales*. Se pagaba *un peso* por mes. Yo tendría cinco o seis años y entre los muchachos crecidos estaban dos Montero Bustamante, hermanos menores de don Raúl; cuya vieja quinta familiar quedaba a la vuelta, en la *calle Real*, como la llamaba mi padre, que era la calle Agraciada; y también los Montero Labandera, los Rigau y los Usher. Todo, en dicha escuelita, era tan pobre y primitivo, que no había papel secante, y cuando terminábamos una plana (yo estaba en el abecedario) escrita con tinta, nos levantábamos del asiento y —tomando un puñadito de tierra de cierta parte del piso de tablas que estaba podrido, y las hormigas amontanaban— la echábamos sobre la tinta fresca, como se hacía hace siglos.

UN NIÑO ABURRIDO, UNA GUITARRA Y JULIO HERRERA Y REISSIG

Por esta época me sucedió un episodio que, varias veces, he narrado y que no debe faltar en esta biografía. Nuestra familia fue muy amiga de la de Herrera y Reissig. Mis padres se visitaban mucho con el Dr. Manuel Herrera y Reissig y su señora Belela; al igual que con Carlos y familia; hermanos mayores del gran poeta. En lo de Carlos, que siempre vivía cerca de casa, en el Paso del Molino por el Camino de Suárez, alquilando casas-quintas antiguas y baratas, se reunían varios señores amigos, a jugar al *truco*. Cierta día mi padre me llevó, y como yo me aburriera, don Carlos llamó a un hermano menor para que me entretuviera. Apareció así un joven como de veinte años, algo rubio, de pelo ensortijado, muy mal vestido, con los botines desabrochados; con el cuello del sobretodo levantado, pues carecía del *cuello duro* que era de rigor; y con una guitarra que traía, me entretuvo durante una hora tocando. Recuerdo que me gustó mucho y que, por algunos momentos, sentí una extraña emoción. Pasaron los años. Llegué a mozo y recién supe que aquel joven *guitarrista* que me había entretenido, había sido Julio Herrera y Reissig, el grande y admirado poeta que fue después, uno de mis maestros.

NAPOLEON Y BALZAC

Mi padre, que era escribano, como ya lo dije, leía mucho por la noche, al volver del café o de alguna tertulia. Leía, sobre todo, libros de historia; y en particular sobre Napoleón Bonaparte. Cuando Emilio Zola se puso de moda, llenó su estudio con las novelas

del gran naturalista. Mi madre también era muy lectora, y su autor favorito, era Balzac, al cual leía en francés.

INICIACION CRIOLLA: DEL CAMPO Y HERNANDEZ

Cierta noche, en la sobremesa al final de la comida, durante la cual mi padre solía tomar la palabra (mi padre tenía fama de buen conversador, y en algunas casas de sus amigos, como en lo de don Manuel Lussich tenía señalada una noche por semana para comer con ellos y escucharlo) solía tomar la palabra, repito, y nos contaba cuentos, narraba anécdotas, hechos históricos de la vida de Napoleón, pasando de éste, con facilidad encantadora, al General Oribe, Timoteo Aparicio o Aparicio Saravia. Así cierta vez recitónos a mi hermano Julio y a mí, varios trozos del poema «Fausto» de del Campo, y fue tan intensa la emoción que experimenté, que podría afirmar que desde ese momento tuvo principio en mí, el gusto y el amor por la poesía. Allí empezó a puntear en mi vida el poeta que llevaba en la sangre. Esto lo tengo narrado en algunos artículos publicados en «La Prensa» de Buenos Aires. Pero aquí viene algo importante que en dichos artículos destaco: mi padre me puso en contacto con Estanislao del Campo; compro el «Fausto», y luego de aprenderme las décimas de memoria, corro con la novedad a la cocina, aquella enorme cocina siempre llena de familiares de la cocinera, amigazos de los peones y algún vecino, les recito mi novedad, y ellos me la retrucan con los «Consejos del Viejo Vizcacha». A la felicidad que me producía el «Fausto», se agregó el asombro que me causó el «Martín Fierro». La verdad es que tuve suerte. La casualidad me puso en contacto con los dos maestros de la poesía gauchesca que, pasados los años, iba a seguir admirando aunque de modo distinto, dados sus distintos valores.

Continuando con mi niñez, debo recordar que fui a la escuela pública sólo hasta el quinto año, siendo tan mal alumno que puedo decir lo que escribí muchos años después en unos versos que representaban a «La Milonga» y que en una «Revista» los recitaba, o los cantaba, Sofía Bozán; y que ahora he vuelto a reproducir en el Prólogo de mi drama «Barrio Palermo»; el cual está representando en la Sala Verdi en estos momentos, el elenco de nuestra Comedia Nacional:

Fui a la escuela y me enseñaron
justito lo que olvidé:
lo que sé, lo aprendí solo,
y sé lo que hay que saber.

Así es que este pobre bagaje de cultura oficial hasta el examen de ingreso con «regular con deficiente»; el contacto con la vida y esos dos libros clásicos de lo gauchesco, constituyeron mis andadores

literarios. Jamás entré a una clase universitaria; pero a los muchos años de estos acontecimientos, allá por 1926, luego de ganar con «Poemas Nativos» el premio que, por primera vez se daba a la poesía, me presenté por nota a la Universidad pidiendo un grupo de Literatura. No me lo concedieron, ni tampoco a los pocos años después en que lo volví a pedir de viva voz a un nuevo Director de Enseñanza. Años luego, Salterain y Herrera me designó espontáneamente, pero yo no acepté. A raíz de estas negativas, Vicente Martínez Cuitiño me puso en contacto con «La Prensa», y desde entonces soy colaborador del gran diario argentino.

Como sucede siempre en estos casos de autodidacta, me fui leyendo de a poco casi toda la biblioteca de mi padre, donde se alternaban los códigos, la «Historia del Consulado y del Imperio», las «Siete Partidas», los versos de Víctor Hugo al lado del «Canto a la libertad» de Juan Carlos Gómez; amén de algunas novelas de Balzac en español, ya que la mayoría de ellas estaban en su idioma original que era como las leía mi madre. Eso sí: leía y leía, pero el «Fausto» y el «Martín Fierro» siempre quedaban en el sitio más cercano a mi corazón.

JUGADOR DE FUTBOL Y EMPLEADO PUBLICO

Luego de haber sido durante algunos años jugador de futbol (¿qué muchacho de esa edad no lo era?) llegando a jugar hasta en primera división, varios partidos; mi vida se redujo a conservar un empleo público en la Contaduría General de la Nación por unos años, donde fui compañero de Ernesto Herrera y de Romildo Risso. Recuerdo que Herrerrita me dio a leer una obra teatral escrita en grandes hojas de papel de oficio (en el mismo papel en que yo empecé a borrar mis versos) y recuerdo, también, que esa obra era «El León Ciego». Eso, leer cuanto cayera en mis manos, tomar mate, andar a caballo, tocar la guitarra y escaparme a alguna estancia de amigos simulando enfermedades para la licencia del caso, era mi vida.

HACIENDO DE GAUCHO

Con un grupo de amigos del Paso del Molino, hacíamos el gaucho, y no del todo mal, puesto que algunas veces ensillábamos en Montevideo y marchábamos un día entero hasta llegar a alguna estancia conocida distante veinte o más leguas: a la estancia del Dr. Julio Bastos, en la costa del arroyo Canelones; a la de un señor López, amigo de Yamandú Rodríguez —que era de la partida— en la Playa Santa Rosa, cerca de Atlántida; a otra estancia en Minas, cerca del arroyo Soldado y con más frecuencia a la de mi tío Pancho Silva y Antuña, en Casupá, entre Florida y Minas.

PAYADA CON UN MULATO

Allí fue donde a los veinte o veintidós años, tuve la *payada con un mulato*, episodio que he narrado muchas veces y fue recogido hace años por don Pedro Figari y publicado en la revista argentina «Mundial» de diciembre de 1924; tiempo después recogida, igualmente, por Salterain y Herrera en su novela «El Arandú», amén de que están reproducidos los versos de la dicha *payada* en mi «Santos Vega». La cosa fue así: era un mes de abril, seguramente en Semana Santa, y yo me hallaba en el campo de mi tío Pancho Silva. Estaba solo con los peones y una morena cocinera. Después de almorzar ensillé mi caballo «colorado», que me había regalado mi tío, «por ser el único de Montevideo que se animaba a montarlo», y me fui a la Pulpería de «Goday», distante tres leguas. Llegué. El *pulpero*, que me conocía por «el sobrino de don Pancho», me hizo pasar a la trastienda. Había dos o tres paisanos vecinos. Como sabían que yo tocaba la guitarra, me ofrecieron una. Empecé a templar, luego a canturrear algo en voz baja, y en eso, vemos que llega a la enramada, un jinete, pardo o mulato. Se apea, ata su caballo al palenque y se arrima a *la reja* a tomar una *caña*. Traía una guitarra enfundada, acomodada a los tientos. «Es un payador de Reboledo», — dijo uno. El patrón lo sirvió, y luego *lo hizo pasar*. El hombre entró, saludó, y al verme con la guitarra entre las piernas, silencioso, me interroga con cierta arrogancia: —¿Usté toca, mozo?

—Toco, —le respondí.

—¿Y canta?

—Y canto, — le dije en tono seco. Entonces fue hasta la enramada y volviendo con su guitarra, se sentó frente a mi asiento.

Alguien dijo por mí: —El mozo es medio poeta, también.

—¡Ajá!, —comentó el mulato—. ¿Payador, también?

—Y... medio aficionado, —respondí.

—Entonce, vamo a cantar de contrapunto, si es gustoso.

—Como quiera, — le contesté.

Por la trastienda pasó como un hálito de emoción. Entraron dos o tres gauchos más y, ante una seña de los que ya estaban, quedaron en silencio. Empezamos a rasguear. Para mí la ocasión era importante. Nunca había *payado de verdad*, ya que solía hacerlo como ensayo, con el poeta Yamandú Rodríguez —que luego casó con mi hermana—, y con un mozo del Paso del Molino, Lauro Meléndez, nieto del de los «33».

El *pulpero* Goday nos sirvió dos «cañas dobles», diciendo: —P'a calentar los buches.

—O la cabeza, — respondió el mulato, que era medio atrevidote y decidor.

Yo cobré coraje, y para que viera que entendía de *tonos*, *toques* y *cantos*, le pregunté:

—¿Por dónde le gusta empezar, por «milonga» o por «cifra»?

—Prefiero por milonga p'a cantar en «cuartetos», — respondiéndome, agregando: —la «cifra» es cosa más seria y hay que improvisar en décimas. Por la respuesta comprobé que el mulato conocía el oficio de payar.

Lo interrogué: —¿Quiere empezar usté?

—Empiece nomás usté, mozo, ya que es aficionado. Comprendía que me daba ventajas y me trataba de aficionado. Agradecí e inicié el contrapunto con esta pregunta de oportunidad:

«Quiero saber, compañero
que se me ha sentado enfrente,
porqué la gente nos mira,
porqué nos mira la gente.»

El mulato, rápido, respondió:

«En la llaga puso el dedo
y le voy a contestar:
porque van a oír cantar
a un cantor de Reboledo
y un cantor de Casupá.»

Un aplauso de los oyentes premió la correcta respuesta del parido. Le hice algunas preguntas más sobre cosas sin importancia, que fueron contestadas lo mismo que la primera. Entonces recurrí a un ardid. Dije que con Yamandú Rodríguez solíamos payar para ejercitarnos (queríamos ser gauchos completos de cualquier manera), y teníamos algunas preguntas preparadas, bellas y difíciles como ésta que *le mandé nomás* por ver si lo quebraba:

«Amigo de Reboledo,
usté me va a contestar:
¿qué distancia le parece
que va de la orilla al mar?»

Los oyentes resollaron como preparándose para algo extraordinario; y el mulato contestó, luego de echarme una mirada de asombro:

«Le contesto, don mocito,
pero le contesto apenas:
la misma distancia que hay
de la espuma a las arenas.»

La admiración hacia el negro creció. Uno de los asistentes entusiasmado pagó una vuelta de caña brasilera para todos. Otro de los mirones me hizo una seña poniéndose el índice bajo el ojo, lo cual significaba que debía andar con cuidado. Tomé mi caña y sentí como una oleada de coraje. Me acordé de mis abuelos gauchos: de Juan Valdés, de Antonio Teodoro Silva, el que «había peleado en Sarandí sin salir de sus campos», y dando un rasguído con rabia le largué otra de las preguntas que tenía preparadas, cantándole así:

«Amigo que pasa y dentra, (aquí un rasguído)
amigo que pasa y dentra,
una pregunta le haré... (otro rasguído largo repitiendo)
una pregunta le haré:
¿qué distancia es la que media
de la sombra a la pared?»

Detrás de mí salió un murmullo. No me había dado cuenta de que se había corrido la voz de la payada y la Pulpería rebozaba de gauchos. Entonces el mulato, lanzándome otra mirada furibunda, empezó a rasguear como imitándome, cosa que más bien era buscando ventaja para pensar, pero muy pronto halló la respuesta y entonado, prosopopéyico, con más cara de pelear que de cantar, me la mandó así:

«Espere, amigazo viejo, (rasgueo largo)
espere, amigazo viejo,
espere, que a mí me toca: (rasgueo)
la misma distancia que hay
de los labios a la boca.»

Bueno: «se cayó la estantería». Yo me olvidé del torneo, ganado por la belleza de la contestación maravillosa y, levantándome, le dí al negro un abrazo. El pulpero gritó: —Señores, sin vencedores ni vencidos, debe terminar la payada. Sírvanse todos otra vuelta por mi cuenta; — y al par iba llenando los vasitos *culones* que todos habíamos ido dejando sobre los *curados* tablones del mostrador. El mulato, ya con cierto tono respetuoso, me dijo: —¡pero usté, mozo, ya pasó de aficionado!

Y así terminó mi payada en serio con un payador de verdad.

CAPITAN DE MIS SOMBRAS

Al salir de la pulpería, colmada ya la tarde, con el sol a una picana del horizonte, me sucedió un raro y mágico episodio, el cual ha tenido singular influencia en mi poesía. Me sentía bien montado

en mi pingo, satisfecho y eufórico, luego de la payada. El caballo se iba *asustando de su sombra*, que se proyectaba alargada en las colinas verdes. Recuerdo que nunca me sentí tan ágil, tan alegre, tan jinete. Le cerraba piernas al flete en los pequeños repechos de las lomadas y antes de llegar al cuesta abajo, lo paraba en seco, haciéndolo, a veces, *sentar en los garrones*. Esto sólo se puede realizar con un caballo muy blando de boca, y mi fogoso colorado no lo era, de lo cual resulta que la peripecia se hacía difícil; mas yo la realizaba lo mismo. Y aquí viene lo misterioso. Me empecé a sentir *gaucho* realmente, no sólo por mi afición, por mi cierta pericia, sino también por un derecho de mi sangre. Di en recordar algunas hazañas de Juan Valdés, sabidas por tradición familiar, como su pelea a lanza contra el coronel Videla, al cual hizo salir por las ancas del caballo, en la campaña argentina, durante la batalla del Sauce Grande, contra fuerzas del General Lavalle, el 16 de julio de 1840. (Datos que me da mi hermano Julio. «Historia del General Antonio Díaz». Tomo V. página 62). Agrego a este hecho comprobado, la tradición oral de que mi otro abuelo o bisabuelo, don Antonio Teodoro Silva, entró en la batalla de Sarandí, con su apero de plata y oro, mas «sin salir de sus campos», porque en su estancia tuvo lugar el combate. Entonces empecé a sentir en mí detrás *la presencia* de estos antepasados, o *de sus sombras*; el galope de sus caballos, el chocar de sus fierros, ruidos de coscojas... Sentí, al par, miedo y valor. No me animaba a dar vuelta la cabeza por *miedo de verlos*... y al mismo tiempo, *de no verlos*... tan bello me resultaba el momento. Mi caballo, como si también participara del fenómeno, *se me iba en la rienda*; no podía sujetarlo, y al correr lo hacía *bufando*. Entonces, con gran esfuerzo, lo sujeté poniéndolo al galope corto, como para que las sombras pasaran adelante; pero las sombras *también sujetaron* sus caballos de humo... y así, de a poco, el fenómeno *se fue deshaciendo*. Esa impresión siempre quedó *viva* en mí, hasta que a los *veinte* años del *suceso*, de pronto, porque sí nomás, en una bocanada de fervor, me senté en mi mesa de trabajo, y ese *angel* que, (aún cuando no creo en ángeles), siento que a veces me inspira, escribió por mi mano el poema «Capitán de mis sombras»; y años después, luego de un proceso parecido. «Los centinelas», poema éste al cual la crítica aún *no ha visto*.

LA LEONERA

Yo me había arreglado un pabellón en el fondo de la quinta, el cual constituyera antaño la *cochera*, v. que, *alca. en ruinas*. Ya, mi padre había reformado. Allí, en dos piezas bajas con dos de alto y una cocina rústica, viví años, recibí a mis muchos amigos; y como tenía, además buen terreno, con un ombú y otros árboles, guardaba

mi caballo y el de algún compañero. Mi hermano Julio, al que nunca le dio por lo criollo, tenía otro grupo de amigos, pero en ciertas ocasiones se juntaban ambas barras. Si a los catorce o diez y seis años, éramos dos muchachos del barrio, sin amistades del *Centro*, que jugábamos al fútbol en los campitos; robábamos fruta en las quintas y bañábamos caballos en las playas de Bella Vista y de Capurro, como cualquier *pillete*. Si a los diez y siete tuve una pelea a trompadas con el taita del barrio, un tal Chito Castilla, de veinticinco años y más fuerte que yo, siendo vencido, por lo cual me ausenté del barrio.. (y no hay mal que por bien no venga), a los veinte, éramos amigos de todos los muchachos *bien* del Paso del Molino, que entonces constituía el barrio residencial más prestigioso de Montevideo. Habíamos formado una especie de Sociedad Criolla que yo presidía. Allí formaban Yamandú Rodríguez, Ernesto Céspedes, los hermanos Rafael y José de Miquelerena, (Rafael fue el que se echó al mar en una pequeña embarcación, acompañado del argentino Newery y jamás se supo de ellos); los dos hermanos Schroeder, que uno de ellos, más tarde, sería médico célebre, fallecido hace poco en Carrasco, al cual lo recuerda una calle con su nombre, (estos eran dos alemanes atléticos, el menor fue muerto en Madrid). Sigo la cuenta con los hermanos Miguel Angel y Carlos Alvarez Eastman; David Cash, hijo de un rico estanciero de Río Negro; Lorenzo Irigoyen, Luis Campomar, y a veces Miguel; los primos hermanos Juan Carlos e Inocencio Raffo; Roberto Díaz, hijo de un estanciero del Salto; Agustín Mullin, su hermano mayor Jorge, Luis A. Dugrós, Leopoldo y Bernabé Castro Caravia, César A. Pérez y su hermano Juan Pablo, Alberto Demby, Alberto Daguerre, Roberto Buella Taborda, Alberto Buella, Roberto Thode Buxareo, con el cual, algo más adelante, aprendimos a bailar el *tango con corte*, Arturo y Luis Alberto Meneses Milhas, mis primos José María Silva, Camilo y Ernesto Silva y Antuña, Carlos Bastos, luego jugador de fútbol y corredor de carreras que bajó los *veintidós* segundos en doscientos metros; Eduardo Díaz Falps, tío de los hermanos Bastos, muy criollo, alegre, cantor y guitarrero; después, con menos frecuencia, Raúl Milhas, los Montero Labandera, Héctor Castilla, Ravera Giuria... algunos más que olvido, y por último cito a Alejandro Mauri, un muchacho de modesta condición, enamorado de lo criollo, constituido en una especie de asistente mío que concluyó poco menos que viviendo en las mencionadas piezas, a las cuales le llamaba «la leonera».

VISITA DE CANTORES Y GUITARREROS

A veces, algún sábado, no recuerdo quien o quienes llegaban trayendo de visita a tres o cuatro guitarreros dispuestos a tocar, na-

turalmente que como amigos, por amor al arte. Eran, como guitarreros (no confundamos con guitarristas) magníficos. Creo que la cosa empezó por un cochero que tenía la familia Ravera. Era un tocador agilísimo, *tocador de prima* (así se dice en jerga guitarre-*ra*). Seguramente Ravera lo habría llevado alguna noche, y al mozo le agradó el ambiente dándose el lujo de llevar a sus amigos a ser oídos por *manates*. Lo cierto es que tuve en *mis dominios* bohemios, a los guitarreros más renombrados del ambiente *reo* de los arrabales montevideanos. Recuerdo a Prestinari, famoso acompañante, gran bailarín del tango con corte, al que le aprendí un *corte* o *figura* que todavía realizo cuando bailo.

Una vez llegaron con un cantor tan bueno, que ahora pienso sino sería el famoso Pepo, llamado «El zorzal del Barrio Reus».

Por esa época fue que otra noche —no recuerdo el lugar, pero no sería en el «Club Uruguay», por cierto— entre Yamandú Rodríguez y yo, le anotamos unos versos lunfardos a un cantor, los cuales comienzan del siguiente modo:

Llega el lunes y a la mina
no le alcanza p'al lavao;
entonce el fule cabriao
bronca con la percantina.
La crónica fulerina
le pone el canflialenaje,
y es puro mistongelaje
el sport que da una mina.

Después de la plata vieja
viene la chafalonía;
cómo querés que compare
tu fortuna con la mía;
si yo trabajo en el *once*,
y vos en la *batería*,
y a cualquier cerco de pita
le llamás paré corrida.

Estos versos son singularísimos, y parece que fueran parte de dos versadas (mejor llamarlos así) distintas, por sus diferentes formas de estar rimados. Confieso que nunca los volví a oír; ni nunca hallé quien los conociera, en las muchas veces que los recité, como curiosidad, y esto lo hice en distintos ambientes.

UN PARTIDO AL «TRUCO» CON VERSOS

Fué por ese tiempo asimismo, que con mi amigo Ernesto Céspedes Polanco, fuimos a pasar una temporada a la estancia de nues-

tro amigo común, Roberto Díaz, en el departamento del Salto, sobre el arroyo Bayucúa. Corría el mes de Julio. De noche aún ya estábamos en el campo, de a caballo, parando rodeo a la par de los peones. De tiempo en tiempo mudábamos caballo, ya que se trata de un trabajo que es un continuado correr. La tropilla se formaba —amaestrada ya— dando las ancas a un alambrado al grito de *forme, forme*. Entonces cada uno desensillaba su caballo agotado ya, lo dejaba suelto y enfrenaba uno de la tropilla de refresco, lo sacaba de la fila, le ponía «los cueros» (lo ensillaba), montaba (había que decir *subía*, porque *montar* era mala palabra) y continuaba el trabajo hasta el medio día. Así, durante veinte días «haciendo tropas» de novillos, para aliviar el campo, haciendo *arreos* casi diarios a los potreros de otra estancia que poseían a cinco leguas de allí, sobre el arroyo Laureles. En una de estas tropeadas (a veces, en vez de «parar rodeo», tropeaba, contemplé episodios trágicos entre los animales. Llevábamos ochenta toritos «puros por cruza», y en su fogosidad iban simulando el acto sexual sobre uno de ellos, elegido por más débil al que se le llama «el mártir»; y al cual, para que no lo maten hay que dejarlo «a la culata», o sea detrás de los arreadores de la tropa. Otro día salí en una carreta haciendo de carrero, también de Bayucúa a Laureles, parajes que distaban cinco leguas entre sí. Pero lo que quería narrar era un partido al «truco». Como llovía, paramos el trabajo de campo y matamos el tiempo entre mate, truco y guitarra. Entre los presentes había uno que se titulaba payador; y como yo ya era tenido por «medio poeta» (cuantos años, en el sentir de la gente me duró esta *medianía*) nos obligaron a no hablar sino en verso. Pues en las apuradas, que es cuando suelo no achicarme, medio improvisado y medio ya lo venía pensando, en cuanto *ligué* (tuve) una *flor*, la declaré de esta manera, al tiempo en que —como se hace— orejeaba las tres cartas sacramentales del juego:

Orejié y con tanto afán
parece que al darlo vuelta,
este *floripón* me suelta
cierto olorcito a arrayán.
Yo me llamo don Fernán
y a mí ni *negra* me juegue;
con el *cuatro*, *veintinueve*,
treinta y seis, con la *perica*,
canto *flor*, una flor chica
que con el viento se mueve.

LA FAMOSA CASA DE JUEGO DE EL TABANO

Por aquella época jugábamos al fútbol en un club del Paso del Molino: «19 de abril», y a veces andábamos —mi hermano Julio y yo— con otros muchachos, con Mario Cuadra, Ceferino Elzaudia, los hermanos Ribeiro, primos del Dr. Vaz Ferreira, etc. Cierta noche Elzaudia, que era de familia adinerada, me convidó a ir al Centro a una timba. Yo acepté. Me llevó a un sitio por mí desconocido. Era en la calle Bartolomé Mitre esq. Yermal; en pleno *bajo*. Entramos a una gran casa, antigua, de dos plantas y aspecto ruinoso pero señorial. Gran portada y magnífica escalera de mármol. Subimos al piso de arriba, entre humo de cigarros, toses, dicharachos, en un clima de gente de muy baja ralea; y en lo que habría sido patrio salón, alrededor de una gran mesa como de comedor, había unos cincuenta hombres y algunas pocas mujeres sentados en su derredor, y otros de pie detrás de ellos. A ambas cabeceras, dos tipos de voz sonora y guaranga, los *talladores*, teniendo cada cual frente a sí una alta pila —formada por cuarenta mazos de barajas francesas— las cuales sacaban e iban colocando sobre la gran mesa verde, como en el juego de «el monte». Por toda la mesa pasaban, cerca del borde, *dos calles trazadas con tiza*, para apostar a la de afuera o a la de adentro, según fuera la carta echada por el tallador, *negra o blanca*, es decir: *figura o no figura*. Aquel juego era el llamado «la encartada»; y la casa de la timba, la famosa casa de «El Támano», quien se paseaba por entre la concurrencia, observándolo todo y naturalmente que resguardado por sus guardaespaldas, uno de los cuales se apodaba «Quebracho». El Támano —de nacionalidad italiana— era un hombre alto, fuerte, de melena y bigote canosos; representaba tener, cuando lo vi por vez primera, unos cincuenta años. Vestía de negro, pero su traje y su sobretodo eran algo viejos, y se tocaba con un sombrero aludo, todo lo cual le daba la traza de un artista o de un bohemio. Tal el famoso Támano, creo que nunca nadie lo ha descrito — el hombre que tenía carta blanca con la Policía, porque a los jugadores que iban quedando *sin blanca*, les compraba las *balotas*, que constituían el documento que servía para votar en las elecciones, en buena parte espúreas, de la época. ¡Qué tiempos... pensar que yo, a los veinte años llegué a ver eso! Bueno, esperamos un rato hasta poder arrimarnos y sentarnos a *apuntar* (la apuesta se llama *apunte*). Yo tenía un solo peso, lo jugué presto y lo perdí, mas mi compañero (que no era la primera vez que asistía) ganó y perdió varias veces, hasta que liquidó los diez pesos que llevaba, y nos levantamos. Al salir, ya bajando la escalera, dos mujeres se nos ofrecieron pero no agarramos viaje. Dimos una vuelta por los prostíbulos de Yermal, y por no irnos tan pronto nos metimos en el famoso «Café de la Unión» a hacer un rato de «franela», graciosa palabra que viene de *flâner* (*flané*) pasar el tiempo...

EL TANGO Y LOS CLASICOS BAILES DEL TEATRO SOLIS

Alternaba así vida con poesía; realidad con libros. Era la época de las *casitas*. Los jóvenes se juntaban en grupos de *diez o doce* y alquilaban *una casita* para reunirse, bailar, (algunos para timbear). A nuestra casita del Paso del Molino yo había llevado el piano de mi casa. Ernesto Céspedes (Pachacho) hermano menor de los famosos futbolistas, tocaba —y toca muy bien— los tangos y las milongas. Todos los sábados se formaba solo el modesto baile. Cuando una *casita* cobraba cierta nombradía se establecían rivalidades como entre los clubes de fútbol. Venían de visita otros tocadores de tangos, y sobre todo venían, *solas* nomás, *las bailarinas*; vulgo milongas o milonguitas. Bueno: quiero recordar este hecho. Una noche de carnaval nos fuimos tres o cuatro, naturalmente que cada cual con su cada cual, a los clásicos bailes del Teatro Solís. El ambiente de estos bailes era algo triste y dramático. El clima que en ellos se respiraba lo tengo descrito en un artículo titulado *El Tango* y que publiqué en La Nación de Buenos Aires de fecha 15 de Diciembre de 1929. Fue una audacia publicar eso en aquella época en que el tango constituía algo prohibido. Pero a la Dirección del Suplemento le gustó tanto, que el artículo apareció en la cara de afuera del mismo, con una gran ilustración del famoso dibujante *Sirio*. Este artículo hasta hace poco lo tenía Idea Vilariño, a la que se lo había prestado como un documento. Creo que fui el primer literato o poeta que escribió en serio sobre el tema. Al entrar al teatro nos *palparon de armas* dos policías. Se bailaba en silencio. Sólo se oía la música. Esa música querendona del tango pos novecientos, sobre un fondo de pasos apagados en la felpa del coraje en acecho. Se bailaba realizando un rito, intuyendo ser los iniciadores de una rioplatense expresión coreográfica. Eramos unas cincuenta parejas solamente. La técnica del tango era cosa de iniciados; y el tango una *mala palabra*. En las casas de familia no se permitía bailarlo. Sólo algunos muchachos desaprensivos lo bailaban con sus hermanas, a escondidas de los papás. Después, cuando llegó a París y se impuso en el mundo, dejó de ser aquella mala palabra. Pero desde luego no era el mismo. Era un tango compadrón ya civilizado, como quien dice, agua de pozo sin microbios, destilada. Pero nosotros bailábamos el auténtico: no faltaría otra cosa. Y así, me parece que me veo, con un gachito gris perla, pañuelo de golilla, tacos medio altos, porque el tango tiene espolvoreado como la sal y la pimienta, unos pasos que se dan *taconeando*, pero sin regla fija, es cosa del bailarín... se me ocurre en este momento que el tango con corte en su parte coreográfica es como el fútbol criollo; uno al bailar va combinando las figuras (*los cortes*), como si las improvisara. Recuerdo que cuando salimos,

de madrugada pero de noche aún, al pasar por El Suizo, ⁽¹⁾ el poeta Angel Falco estaba escribiendo, solo en una mesita, así, en público, uno de sus poemas, que entonces mucho se aplaudían. ¿No es verdad que es lindo todo esto? En este punto de mis recuerdos quiero dejar anotado un detalle o dos. Al pasar junto al poeta Falco le viché por sobre el hombro lo que escribía; y era un poema o canto «*A Chaves*», el aviador chileno que fue el primero en cruzar Los Andes estrellándose al terminar la hazaña. Lo otro es esto: tomamos la Plaza y luego la calle Andes rumbo al *Moulin* y nos cruzamos con mi tío Alfredo Nin Reyes ⁽²⁾ acompañado por dos amigos (vean que digo amigos). Al conocerme se detuvo, tan atento y señor que era, contempló mi compañera, abrió los brazos y me dijo al abrazarla: «pero ché, que linda compañera, si parece una francesita». Mi tío llegaba de un viaje a París, que no veía desde la infancia, ya que había nacido en dicha Ciudad, siendo su padre, Don Federico Nin Reyes, nuestro Ministro. Mis amigos se asombraron de que yo me dejara «manosear la mujer». Yo sonreí. La muchacha me miró con timidez. Y Alfredo, dándose cuenta de las situaciones de cada uno, me dijo: «no te importe ni hagas caso. Tu eres un *civilizado*, y tus amigos —que me perdonen— unos *sauvages*». Nos despedimos y entramos en el cabaret. Estábamos bailando y me crucé con Lalo Castro, quien pasaba por haber inventado un *corte*: «el asensor» (era algo parecido a la «quebrada cuartelera»), y al ver el «corte» que yo hacía (aquel que le había aprendido a Prestinari) me gritó: «pero ché, qué cortecito copero; ¿de dónde lo sacaste?».

Terminamos la noche en «El Cristo», un cabaret que había detrás de «El Prado», en Av. Larrañaga, donde nos encontramos con otros amigos, con los cuales hicimos una mesa grande y cenamos, como era del caso. Le llamaban El Cristo, porque el dueño era un griego cuyo apellido resultaba parecido al nombre indicado.

Y aquí comienza otro capítulo de mi vida.

INICIACION MODERNISTA

Cierta noche de gran completo en mis *apartamentos* del fondo de la vieja quinta familiar, mientras mateaba o guitarreaba con el grupo más afecto a lo criollo, oí que mi hermano Julio hablaba con dos o tres muchachos (uno era Bernabé Castro Caravia y otro el mayor de los Schoeder) de Literatura Universal. Nombraban autores griegos, latinos, etc. Puse atención, y al comprender lo poco que

(1) Un café que *no cerraba* por la noche, y al cual acudían los noctámbulos, a horas del amanecer, a comer una costilla, o chuleta con papas y huevos.

(2) Era primo hermano de mi padre, Fernando Silva y Antuña; y su verdadero apellido era Nin Antuña.

sabía yo de Homero, Píndaro, Aristófanes, Sófocles, Séneca, Cátulo, etc., me sentí disminuído. Al día siguiente compré una «Historia de la Literatura Universal». Era el autor: Pompeyo Gener. Y comencé a ilustrarme. Ello coincidió con el hecho de que mi hermano (que siempre fue un buen poeta, frustrado ignoro por qué) pusiera en mis manos las «Prosas Profanas» de Darío, y «Los peregrinos de piedra» de Herrera y Reissig. Aquello fue un deslumbramiento. Y tan es así, que pasé de un extremo a otro. Verdad que ello está conteste con mi modo de ser. Soy un hombre de pasiones y de extremos. Cuando hago algo con calor, con fe, con ley, «me juego en la parada». Uso este dicho popular porque viene al pelo. Y como acabo de decir, pasé de una punta a la otra: de vulgar poeta gauchesco (y vean que no escribo *nativista*) a pálido y dandy modernista. Y en mi «modernismo», como es sabido, llegué hasta los «paraísos artificiales». Mi libro «Humo de incienso» es representativo de este hecho que muchos pondrán en duda, ya que es casi inconcebible que un poeta como yo, agreste y chúcaro, haya pasado por ese *punte*; pero no hay más que leerlo para comprobarlo. Sí, mis amigos lectores: en lo que va de los años 1915 a 1919, mi vida fue una penuria terrible, y ningún escritor uruguayo pasó una experiencia así, volviendo luego a la total salud del cuerpo y del espíritu. Si a los veinte años fui un bárbaro casi analfabeto, y a los treinta un exquisito y decadente; a los treinta y tres (en que escribí «Agua del tiempo») volví a ser un bárbaro, sí, pero —y perdonenme la paradoja— un bárbaro civilizado. Y si estoy vivo es porque Dios me ayudó, ya que algo me dice allá, en el fondo, que no todo se lo debo a la ciencia. Llegó un momento en que ya no me pude mover de la cama. Entonces se reunió un consejo de familia y amigos íntimos, con asistencia del Dr. Arturo Lussich, quien asistió a mi padre al morir, habiendo sido por muchos años el médico de la familia; y por consejo suyo me llevaron a un hospital en Santa Lucía, dirigido por el Dr. Santín Carlos Rossi; puesto que necesitaba no sólo aventar las drogas sino también nutrirme de campo. Santín Rossi me trató y me curó con una gran solicitud, a raíz de cuyo suceso nos hicimos grandes amigos.

A este respecto quiero recordar lo siguiente: me habían llevado con un aspecto de moribundo. A los cinco días, mi madre pregunta por teléfono por mí; y le contestan de Santa Lucía: «Señora, el poeta Silva Valdés salió a pasear a caballo». Mi madre cree que se trata de un error, ya que ello no era posible: cómo un cuasi moribundo, a los cinco días va a andar a caballo. Entonces insiste, y habla con el propio Dr. Rossi, el cual le confirma que sí; que esquelético y todo, yo era muy fuerte, y en cuanto me rebajaron la dosis de las drogas había reaccionado de tal suerte demostrando el deseo de curarse, que como un premio me había permitido salir a dar un paseo en su propio caballo.

Esta fué mi época de bohemia literaria y de dandysmo. Yo dandy... las cosas que tiene la vida... y sin embargo esa fue mi realidad. Al cambiar yo, empezaron a cambiar mis amigos. Mientras se iban unos llegaban otros en consonancia con mis nuevos gustos y mi forma de vida, no con mis *paraísos*, aún cuando algunos de ellos, pocos, llegaron a participar.

Me vestía en el saetre más elegante, el de los «muchachos distinguidos», al cual me había llevado César Alvarez Aguiar, que era de los amigos del Centro. Dicho saetre, algo intelectual, un italiano muy simpático y nada interesado (por eso se fundió) el cual tengo idea de que concurría a la Peña literaria del Polo Bamba, donde reinaba el loco San Román, se llamaba Piovillico.

Tuve, por esa fecha, una dragona pituca (entonces no se usaba esta palabra, se decía distinguida) la cual señorita era muy amiga de María Eugenia Vaz Ferreira, quien más de una vez fue nuestra confidente. Yo conocía a la poetisa por verla en lo del señor César Díaz, y la familia de este era como una prolongación de la mía; tanto, que mi tía Luisa Valdés vivía en lo de Díaz Fournier, pues allí hallaba más ambiente para lucir su bellísima voz y sus magníficas dotes de artista y mujer refinada.

María Eugenia me mostraba franca simpatía, incluso literaria, tal es así, que solía recitar de memoria uno de mis sonetos, del falso libro primero «Anforas de Barro», el cual se titulaba *Garbo*, escrito a raíz del rompimiento con mi dragona. Recuerdo que María Eugenia, que era algo orgullosa por tener conciencia clara de su valor, y tanto en lo literario como en lo social, me dijo una noche medio en serio medio en broma: ¿no se siente orgulloso, al oírme recitar un verso suyo de memoria? Y ya que estoy refiriéndome a esta gran poetisa, por la que sentí tanto afecto, voy a recordar un episodio de singular interés dado los protagonistas que tuvo.

EL HERMANO DESCONOCIDO DE JULIO HERRERA Y REISSIG

Es este: entre los nuevos amigos, no criollos, estaba Antonio María Herrera Sanguinetti, hijo de Carlos Herrera y Reissig, quien vivía en una casa del Camino de Suárez, con su hermana Herminia. Cierta noche que volvíamos del Centro, sin haber hecho *programa* por falta de dinero, y nos dirigíamos a casa de uno del grupo, Wilson Cansta, a tomar mate, y si estaban sus hermanas a bailar un rato con ellas, al pasar por lo de Carlos Herrera y Reissig entramos, y al ver que estaban haciendo música, resolvimos anclar allí.

Pasamos a la sala y nos hallamos con esta escena: María Eugenia estaba sentada al piano tocando, dando la espalda a la puerta de entrada. Entramos en puntas de pie y nos sumamos a los respetuosos oyentes. María Eugenia estaba improvisando al piano, cosa que solía realizar. En eso se abre, despacito, la puerta que daba al

natio, y penetra a la sala un hombre alto y flaco, vestido con un traje oscuro muy viejo; los zapatos desabrochados, el cuello del saco levantado para ocultar la garganta; la melena revuelta por sobre las orejas; de barbilla, y bigote retorcido. Todo él era un ser extraño y hermoso; desconcertante, con algo de Diablo en sus gestos y en sus manos de huesudos dedos, con las uñas larguísimas y amarillas por el tabaco. Era claro que llegaba atraído por la música; y así, hierático, sólo en medio de todos, sin mirar a nadie, cual si no existieran nada más que él y la pianista, se detuvo detrás de esta y quedó inmóvil. Entonces María Eugenia, que no lo había visto, exclamó: «siento una cosa extraña detrás de mí; algo como el fluído de una persona que me inspirara»; y todo ello sin dejar de tocar, como con las manos atadas a las teclas. Entonces el extraño personaje dijo: «soy yo, María Eugenia, soy Alfredo... y no se dé vuelta, siga tocando, siga, que eso es genial». María Eugenia continuó tocando. Y luego de dos o tres minutos más, el personaje se dió vuelta, y sin saludar a nadie se fue como había venido, como una sombra que desaparecía. ¿Saben mis lectores quién era? Pues un hermano de Julio Herrera y Reissig, dos años más joven, el cual, como siempre fue un anormal, vivía semi-oculto en lo de Carlos, el bondadoso hermano que lo había recogido.

Desaparecida la *sombra*, nos quedamos en silencio. Era *el loco*. Algunos de los presentes no lo habían visto nunca. No así María Eugenia, quien dándose vuelta en la silla giratoria, dijo: «las cosas que me hace tocar este hombre... es un caso del que una no sabe qué pensar...».

Pero antes de continuar con mis cosas quiero decir algo más de María Eugenia, ya que la historia de uno, al no poder tomarse aislada, resulta al par y en cierto modo la de aquellas personas que en algún momento estuvieron a su vera.

UNA ANECDOTA PRECIOSA DE MARIA EUGENIA

Cuando a fines del año 1957 llamé a la mayor de las Díaz Fournier, cuya casa era tan frecuentada por María Eugenia, para preguntarle si en la poetisa era frecuente el hecho de las improvisaciones en el piano, me respondió: ¿Pero cómo no; y no sabes tú, que a tu propia tía Luisa Valdés le dedicó una de esas improvisaciones? Entonces, entrando a recordar las «cosas de María Eugenia», me contó, entre varias anécdotas —algunas ya conocidas por mi— esta, que me parece preciosa y que narro a continuación: María Eugenia se había peleado con la madre (uso las propias palabras de Elenita Díaz Fournier) y se presentó en lo de Díaz con un paquete de papeles conteniendo sus versos, para tenerlos a la mano en casa de sus amigos. Al otro día fue a verlos (a los versos). Pasaron varios días más y volvió; estuvo con ellos, conversó con la familia y se retiró.

patio, y penetra a la sala un hombre alto y flaco, vestido con un traje oscuro muy viejo; los zapatos desabrochados, el cuello del saco levantado para ocultar la garganta; la melena revuelta por sobre las orejas; de barbilla, y bigote retorcido. Todo él era un ser extraño y hermoso; desconcertante, con algo de Diabolo en sus gestos y en sus manos de huesudos dedos, con las uñas larguísimas y amarillas por el tabaco. Era claro que llegaba atraído por la música; y así, hierático, sólo en medio de todos, sin mirar a nadie, cual si no existieran nada más que él y la pianista, se detuvo detrás de esta y quedó inmóvil. Entonces María Eugenia, que no lo había visto, exclamó: «siento una cosa extraña detrás de mí; algo como el fluído de una persona que me inspirara»; y todo ello sin dejar de tocar, como con las manos atadas a las teclas. Entonces el extraño personaje dijo: «soy yo, María Eugenia, soy Alfredo... y no se dé vuelta, siga tocando, siga, que eso es genial». María Eugenia continuó tocando. Y luego de dos o tres minutos más, el personaje se dió vuelta, y sin saludar a nadie se fue como había venido, como una sombra que desaparecía. ¿Saben mis lectores quién era? Pues un hermano de Julio Herrera y Reissig, dos años más joven, el cual, como siempre fue un anormal, vivía semi-oculto en lo de Carlos, el bondadoso hermano que lo había recogido.

Desaparecida la *sombra*, nos quedamos en silencio. Era *el loco*. Algunos de los presentes no lo habían visto nunca. No así María Eugenia, quien dándose vuelta en la silla giratoria, dijo: «las cosas que me hace tocar este hombre... es un caso del que una no sabe qué pensar...».

Pero antes de continuar con mis cosas quiero decir algo más de María Eugenia, ya que la historia de uno, al no poder tomarse aislada, resulta al par y en cierto modo la de aquellas personas que en algún momento estuvieron a su vera.

UNA ANECDOTA PRECIOSA DE MARIA EUGENIA

Cuando a fines del año 1957 llamé a la mayor de las Díaz Fournier, cuya casa era tan frecuentada por María Eugenia, para preguntarle si en la poetisa era frecuente el hecho de las improvisaciones en el piano, me respondió: ¿Pero cómo no; y no sabes tú, que a tu propia tía Luisa Valdés le dedicó una de esas improvisaciones? Entonces, entrando a recordar las «cosas de María Eugenia», me contó, entre varias anécdotas —algunas ya conocidas por mi— esta, que me parece preciosa y que narro a continuación: María Eugenia se había peleado con la madre (uso las propias palabras de Elenita Díaz Fournier) y se presentó en lo de Díaz con un paquete de papeles conteniendo sus versos, para tenerlos a la mano en casa de sus amigos. Al otro día fue a verlos (a los versos). Pasaron varios días más y volvió; estuvo con *ellos*, conversó con la familia y se retiró.

Vuelve por tercera vez, pero ahora lo hace a media noche, cuando todos duermen. El dueño de casa la recibe, con la atención y la simpatía que toda la familia le dispensaba; mas le observa lo impropio de la hora, y María Eugenia le contesta con toda naturalidad: «que una madre tiene derecho de visitar a sus hijos a cualquier hora». Entonces el dueño de casa, que era muy chicón, le replica: «está bien, María Eugenia, pero yo le voy a pedir que se lleve sus hijos a su casa».

VISITAS DE MEDIA NOCHE

Tarde de la noche solía allegarse hasta mis piezas del fondo de la quinta —las cuales quedaban entre los árboles (un ombú había metido una rama por la puerta y me pasé más de un año sin cerrarla, con invierno y todo) solía allegarse —decía— José Luis Zorrilla de San Martín, quien, luego de su visita a su novia (la simpática Bimba de Muñoz del Campo) había perdido el tranvía o tenía simplemente deseos de amarguear. Mis amigos de ese momento, amén del nombrado y de Yamandú Rodríguez que noviaba con mi hermana Amira, eran Eduardo Bastos, Juan León Bengoa, muy jovenito pero ya perjeñando escenas de teatro; Antonio M^a Herrera — que ya nombré—, Héctor A. Gerona, Carlos Pérez Risso, Alberto Wilson, Ramón Artagaveitia, Alberto Daguerre. A veces caía Manuel de Castro, muy flaco y bohemio, que estaba empleado en la Confitería Americana del Paso del Molino, y solía traernos paquetes de masas; y de cuando en cuando se aparecían, a deshoras de la noche, Julio Raúl Mendilaharsu, con Julio Carlos Netto o con Parra del Riego.

EL ANDALUZ TOMAS CONDE

Cierta noche, en el Café Florida, situado en el lugar que hoy ocupa el Palacio Salvo, conocí a un tipo español interesantísimo. Era un bohemio, de aspecto quijotesco, alto, flaco, de bigote mordido, vestido pobremente pero con dignidad. Me lo presentó Ramón Artagaveitia. Hablamos de España. Su padre, un señorón de Córdoba, murió atropellado por un ferrocarril, pues quiso llegar primero que éste a cierto paso a nivel, *dejándolos en la vía*; y nunca mejor aplicado el dicho. Nunca habían trabajado. Empezaron a estrañar el caballo del cortijo perdido, las *tientas* con los toros; y entonces preguntaron dónde se podrían ir para andar a caballo sin tener dinero. «Pues a la Pampa», les dijeron. Y así, en tercera, él y un hermano, Rafael, se vinieron a Buenos Aires. Pero al tocar Montevideo, bajaron. Alguien los llevó al Tupí Nambá, y allí, hablando de toros se quedaron hasta perder el barco y aquí quedaron, en el Uruguay. Bueno, pues al ver yo que andaba recolectando el

dinero para la cama de esa noche, me lo llevé a mi «leонера» a dormir, y se quedó de huésped durante *dos años*. Fue un gran compañero. ¡Lo que aprendí sobre España escuchándolo! Era popular en el ambiente periodístico montevideano, y muy querido. Recuerdo que José Luis Zorrilla le tenía mucho afecto; y cierta noche que, como tantas veces «había perdido el último tranvía» y se venía a dormir a mis piezas —cosa que a mi me encantaba— nos hizo, a Conde y a mí, unos apuntes a lápiz, de un singular vigor. Conde parecía un quijote. Del mío hizo luego una *madera* que yo he hecho reproducir.

UN PAISAJE HOLANDES Y SU VAQUITA

En realidad yo no tenía *un grupo* literario, tenía sí, amigos por todos lados. Una noche estábamos comiendo en un restaurán de La Pasiva. Al pagar, nadie tenía dinero. Todos habíamos confiado en el otro. Era invierno. Conde iba a llevar nuestros sobretodos a *un empeño* donde lo conocían y le abrían. Cerca nuestro tomaba café con un amigo, un bohemio algo mayor que nosotros; de barba, simpático, que estaba cantándose toda una ópera en falsete, y era la admiración de los mozos italianos del restaurán. Pero al enterarse de nuestro conflicto —era, sin ser íntimo, amigo de casi todos nosotros— se levanta medio con desgano; habla con el dueño, saca de algún lado que no ví, unos pinceles y una paleta de pintor, y subido a un banco se pone a continuar un paisaje al óleo inconcluso, que tomaba gran parte de una de las paredes laterales del salón. Así, al ver que nos quitábamos los abrigos entregándolos a Conde, nos dijo: «no hagan ese disparate ¿cómo se van a quedar sin sobretodo con este frío? Quédense tranquilos que ese *muerto* lo levanto yo» Pintó como una media hora, bajó del banco, guardó los pinceles y se sentó con nosotros. La comida *estaba paga*. Pero ahora *se cobraba* tomándonos de público para que le escucháramos la continuación de la ópera. Y a fuer de verdad, que así, en falsete, la cantaba muy bien, sobre todo con una dulzura particularísima. Encantados estábamos oyéndolo cuando Tomás Conde, con una carcajada interrumpe al tenor en la romanza de «Tosca», *Cavaradozzi* se encrespa diciéndole al andaluz: «¿y usted por qué se ríe?» A lo que responde éste pidiendo perdones: «Me río porque *entre cuatro acabamos de comernos una vaca*». La carcajada ahora fue general. *Cavaradozzi* era el que reía más; pues lo que el pintor de marras había pintado en la pared recientemente, para completar el paisaje holandés en el que ha tiempo venía trabajando por etapas (según le conviniera, según el bolsillo) era una preciosa *vaquita blanca y negra* bebiendo en el arroyo. Mas aún no he dicho quien era el bohemio señoril y generoso que nos había sacado del apuro «levantando el muerto». Era alguien muy conocido en Montevideo: algo pintor, algo señor,

y además, cronista teatral y musical; era José Pedro Montero Bustamante.

LA CONOCI COREANDO EN EL MOULIN

Había llegado, después de vivir muchos años en Europa, el poeta Julio Raúl Mendilaharsu, fundando la revista «Tabaré», de la cual yo formé parte, entrando así en su grupo. A veces salíamos de diversiones con José G. Antuña, Paul Minelli González, el poeta Eduardo Dualde, a veces Carlos César Lenzi y algún otro. Con este grupo se corría una bohemia galante y literaria, juntando *vida con versos* y con copas; pero a veces, al encontrarme con otros amigos más afectos al baile, *tirábamos* hacia el Moulin Rouge, que estaba en la calle Andes. Allí nos encontrábamos algunas noches con el poeta Angel Falco, solo, frente a una mesita, observando. Era una figura popular y querida. Con Emilio Frugoni constituía la pareja de intelectuales defensores del obrero, interviniendo activamente en las huelgas, mucho menos frecuentes que en la actualidad, y más duras y peligrosas para el trabajador, porque a falta de sindicatos defensores, muchas veces vencían los patronos y algunos obreros quedaban sin trabajo.

Ya que he mencionado al Moulin Rouge, que con el Pigall, constituían los dos cabarets de Montevideo, quiero recordar un soneto que describe cierto episodio galante tenido con una *chica* que bailaba en dicho cabaret:

La conocí coreando en el Moulin
los desenfrenos curvos del Can-Can;
ella ebria en burbujas de champán,
yo inspirado en la musa de Verlaine.

Nos fuimos a Colón, corriendo a cien
kilómetros por hora, en el afán
de hacerle los honores a un faisán
cazado en los jardines del Edén.
¿Dónde irán sus botinas que al azar
tarde a tarde llevábanla a pecar?...
¿Qué hijo del Tío Sam la hará feliz?...

¡Cómo acaricio en sueños, el albur
de vestirme de apache o de tahir
y fugarme con ella hasta París!...

Es increíble que yo escribiera así. Pero es lógico. Ello estaba de acuerdo con mi vida. Por el mismo clima, aunque ya sin frivolidad y con un sentido trágico, amén de cierta tendencia social, vendrían más tarde, *La yiradora*, *Cabaret criollo*, *Otoño*, y enseguida

El sauce, mi último soneto, puente entre dos épocas, entre dos posturas; y en seguida, *El rancho*, *El Puñal*, *El Indio*... pero en estos poemas ya estaba el *nativismo* de «Agua del tiempo», y aún no he llegado a esa fecha.

ELECCIONES DEL 30 DE JULIO

Es muy desagradable constatar que uno no es un hombre normal como todos; y que su bienestar físico depende de una droga prohibida que toma a escondidas, con la sola excepción de sus *cómplices*. Siendo uno perfectamente honrado, tener que vivir a las cuerpeadas como un delincuente (que delinque contra sí mismo). En este estado de ánimo y de físico, me toman las famosas elecciones del 30 de Julio de 1916, y como nacionalista de tradición, más que de actuación, se me designa para integrar una mesa receptora de votos. Y me preguntaba lleno de inquietud: ¿podré cumplir ese honroso cometido? Y me respondía: lo cumpliré. Será una suerte durante unas horas ser un hombre como todos y hacer algo por la Democracia y por el Partido. Y *fui* como todos, aún cuando varias veces en la jornada tuve que levantarme para, a escondidas, dar de comer al monstruo del acostumbramiento de las drogas, porque no era una sola.

¡Qué tarde y qué noche... qué noche terrible y qué gran noche inolvidable... Fue mi único acto político. En la calle Iglesia, del Paso del Molino, frente a la Parroquia, se acumulaban los votantes. El presidente de la Mesa se puso en el ojal un malvón rojo (una bella muchacha los vendía). Yo le compré uno blanco para acercarme y decirle un piropo; y naturalmente que me lo tuve que poner, en un acto que pareció de desafío. El dicho Presidente de la mesa me miró (y aquí sí que viene al pelo el dicho) «como a sapo de otro pozo», y tuve que aguantarle la parada.

Afuera se oían los gritos —sacramentales en una elección de esa época— de «Biba Baye», o también (aunque menos frecuentes) «Biba Biera».

El tipo me miró como *sobrándome*. Me dió rabia y le dije violento: «tengo ganas de gritar viva Saravia...» Uno de los delegados, con mansedumbre, me advirtió: «vea que no le conviene. No olvide que es Secretario de la Mesa». Me serené, y empecé a recordar mi niñez, cuando, a raíz de la Revolución de 1897, el pueblo cantaba con toda libertad aquella vidalita:

«Lamas y Saravia
—vidalita—
Y Acevedo Díaz;
Son los tres valientes
—vidalita—
De la Patria mía.»

Canto que a mi padre, el escribano don Fernando Silva Antuña, al oírme, le hizo exclamar: cante, mi hijo; cante eso que es lindo (me parece verlo) mientras se preparaba para salir por la Sección 14, a golpear puerta por puerta, buscando para anularlas, inscripciones falsas, en el llamado «período de tachas»; luego de haber concurrido a las mesas inscriptoras para discutir o pelear, anónimamente, con el puñal *despierto* en la sisa del chaleco (por si había que auxiliar al bastón) en favor del Partido que nunca lo ha recordado.

Mas volvamos al 30 de Julio: Al anochecer salimos con la urna hacia el Palacio Legislativo, que allí actuaba esa vez la Mesa receptora, e hicimos *cola* hasta cerca de la media noche. ¡Y yo no podía, allí, con el soldado, mi compañero y la urna, apartarme ni un instante a fin de dar de comer *al otro* que llevaba en mí!

¡Qué horas!... Entramos al fin, y me tomó los datos de la elección, cuyo triunfo ya se comentaba, el periodista Pereira Bustamente, en representación de un diario nacionalista, que creo era «La Democracia».

Este recuerdo, que anoto por vez primera, y que no iba a incluir en esta autobiografía, se me ocurre en el momento de corregir las pruebas. Uno es ingrato, a veces, con sus episodios mejores; el cual aquella vez me dejó un saldo positivo de conformidad y satisfacción. Había actuado —a pesar de todo— como un ciudadano, como un hombre corriente que cumple con su deber.

LA RECUPERACION

Todo ese pasado de modernismo, *vida y libro*, bajo la influencia de las drogas, a las cuales llegué por curiosidad literaria, hija de ciertas lecturas, las dejé para siempre en el sanatorio u hospital que en Santa Lucía dirigía el doctor Santín Carlos Rossi: y ayudado en lo doméstico y en lo moral por la bondad de mi madre, doña María Valdés de Silva y Antuña; y de la que entonces era mi novia —hoy mi mujer—, la señorita Tulia Pérez Gambín, que no me abandonó, pues siempre tuvo fe en mi recuperación. ¡Con qué satisfacción recuerdo esto y lo narro: satisfacción por ella y por mí!

Cuando volví a Montevideo, luego de la cura, luego de los agudos sufrimientos que ello implica y cuya relación no es para estas páginas, pasé un raro período de vacío y de tristeza; con caídas a la melancolía. Recuerdo cierta noche, al salir de la visita de novio, me vi solo, en un banco de la Plaza Independencia y allí pergeñé el borrador del que luego fue el poema «Hastío» que dice así, en su comenzar:

«Paseo mis hastíos de señor indolente,
con el sombrero a un lado y las manos atrás;
andando sin mirar veo pasar la gente

y estoy tan aburrído que ya no puedo más.
Mis tobillos parece que arrastraron cadenas;
siento la boca amarga y me arden las penas»
etc.

Yo había empezado ya en «Humo de Incienso» a escribir ciertas cosas raras. A veces sentía deseos de dejarme llevar por caminos de libertad, de decir lo que se me ocurriera sin mayores controles. Actualmente, hallo en algún poema de aquella época y aquellos estados mentales, un principio de lo que luego fue en mi obra *imagen nueva*, actitud estética que, en cierto modo, coincidió con el *ultraísmo*. Veán sino este extraño *satanismo* en un poema titulado: *Tu*:

«Tu boca imita una rosa en eterna combustión,
En cuyo fuego se inmolan las treinta y dos cabras blancas
Que simbolizan tus dientes.

Amada: yo canto la vida jocunda;
La alegría roja de tu lozanía,
Y el acercamiento labial que fecunda
Besos en tu boca, versos en la mía.

Tu cabeza es una antorcha de llamas rubias que el viento
Abanica y desmelenas».

Hablando de unos senos decía:

«Exóticas torres siempre vigiladas por dos gorros frigos».

De los brazos de la presunta e imposible amada, esto, que ya no lo encuentro tan criticable:

«Tus brazos son las promesas de un connubio futurista.
Son dos tallos florecidos en margaritas de nieve;
Dos puentes por donde pasa el humo de mis suspiros
Cuando al desgaire los dejas colgados sobre mis hombros».

Refiriéndome a su nuca:

«Es un refugio hacia el cual
Vuelan a anidar los pájaros encarnados de mis besos».

Todo eso es enfermedad. Droga, que en vez de ayudarme me *desayudó*. Por un lado sería libertad, pero era atadura por el otro.

Algo más tarde, curado ya, a fines de 1919, escribí esto que permanece inédito:

PASEO POR EL CAMPO

«Tomados de las manos como en las despedidas
andábamos lo mismo que en los libros de cuentos:
por un caminito.

Era como a la hora de la siesta.
Los árboles ardían de chicharras,
y nuestro perro
sacaba la lengua al calor del verano.

El beso que venía meditando
se frustró entre tus codos rosados,
y toda la sangre se te subió a la cara
como las amapolas se suben a la planta.

Pero yo era el más fuerte y por lo mismo
te encerré entre mis brazos como en un corralito.

Y la lengua del perro, sediento y cansado,
era una llama viva
manteniendo encendida
la tarde de verano».

Estimo que esto, para el año 1919, significa poesía sana en su argumento amoroso; nueva en su esencia y en sus imágenes. Ya estaba en el poemita, que ignoro por qué siempre conservé sin darle publicidad, no sólo la salud corporal, sino la poética... y ya estaba también lo criollo, lo autóctono, el clima visto y vivido, pero sin forma de soneto, ni décima, ni sextina gauchesca, en la *forma libre* de mis «poemas nativos», que forman la primera parte de «Agua del tiempo». Este libro, de singular fortuna, tuvo su comienzo en tal poemita; y continuó en seguida en este otro, que integró el mencionado libro, y que críticos como Zum Felde lo citan como representativo de mi conversión, en su «Proceso intelectual del Uruguay». que se titula así:

YO ERA UN HOMBRE PALIDO

(*Vidalitay*)

Yo era un hombre pálido
De sabiduría;
Y en mi corazón
—Vidalitay—
Nunca amanecía, siempre anochecía.

Yo era un poeta
Pálido y marchito;
En mi corazón nunca ardía un arresto
—Vidalitay—
Ni en mi boca un grito.

Sin saber del bien;
Sin medir el mal;
Encendí mis albas con mujeres rubias,
Y alumbró mis albas
—Vidalitay—
Luz artificial.

Manchado de orgía,
Alto y decadente,
Yo me desteñía
—Vidalitay—
Como un sol poniente.

Mi barro era bueno;
Mi alma mejor;
Y unas manos puras me hicieron de nuevo,
Con un poco de llanto
—Vidalitay—
Y con una brazada de amor.

Ya había hallado la salud perdida y cantaba el hecho agradeciendo al par a la buena compañera que junto con mi madre me había auxiliado en el salvataje.

PRESENCIA DE RODO, NUEVOS AMIGOS, Y VERSOS DE AGUA DEL TIEMPO

Como mi novia vivía en la Calle Cerrito, en plena ciudad vieja, comencé a hacer nuevas relaciones y así me reunía por las noches con un grupo de muchachos en el «Club Uruguay» (si era verano en la puerta) o en la Confitería del Jockey Club, donde era frecuente ver a Rodó tomando su taza de té. Cuántas veces tuve deseos de acercarme a saludarlo... mas me intimidaba, tanto era el respeto que se le profesaba. Estos nuevos amigos —del Centro— eran los hermanos Carvajal Victorica, Fructuoso Pitalluga, Juan Antonio Viera, José A. Mora Otero, Prudencio Ellauri, Urueña, Octavito Ramírez, y alguno más que olvido. Nos juntábamos también en casa de los Carvajal Victorica, calle Solís, donde, mientras Juan José pedía silencio porque no lo dejábamos estudiar sus códigos, encerrado en su pieza, su hermano Manolo, que pintaba, me hacía un retrato al óleo que ignoro donde fue a parar.

Yo era un poeta
Pálido y marchito;
En mi corazón nunca ardía un arresto
—Vidalitay—
Ni en mi boca un grito.

Sin saber del bien;
Sin medir el mal;
Encendí mis albas con mujeres rubias,
Y alumbró mis albas
—Vidalitay—
Luz artificial.

Manchado de orgía,
Alto y decadente,
Yo me desteñía
—Vidalitay—
Como un sol poniente.

Mi barro era bueno;
Mi alma mejor;
Y unas manos puras me hicieron de nuevo,
Con un poco de llanto
—Vidalitay—
Y con una brazada de amor.

Ya había hallado la salud perdida y cantaba el hecho agradeciendo al par a la buena compañera que junto con mi madre me había auxiliado en el salvataje.

PRESENCIA DE RODO, NUEVOS AMIGOS, Y VERSOS DE AGUA DEL TIEMPO

Como mi novia vivía en la Calle Cerrito, en plena ciudad vieja, comencé a hacer nuevas relaciones y así me reunía por las noches con un grupo de muchachos en el «Club Uruguay» (si era verano en la puerta) o en la Confitería del Jockey Club, donde era frecuente ver a Rodó tomando su taza de té. Cuántas veces tuve deseos de acercarme a saludarlo... mas me intimidaba, tanto era el respeto que se le profesaba. Estos nuevos amigos —del Centro— eran los hermanos Carvajal Victorica, Fructuoso Pitaluga, Juan Antonio Viera, José A. Mora Otero, Prudencio Ellauri, Urueña, Octavito Ramírez, y alguno más que olvido. Nos juntábamos también en casa de los Carvajal Victorica, calle Solís, donde, mientras Juan José pedía silencio porque no lo dejábamos estudiar sus códigos, encerrado en su pieza, su hermano Manolo, que pintaba, me hacía un retrato al óleo que ignoro donde fue a parar.

Allí me hacían recitar mis versos del momento, que mucho aplaudían, y la verdad que no rumbeaban mal, puesto que eran los poemas que luego se llamaron: «Agua del tiempo». Juan José era el más entusiasta y se los sabía de memoria. Cuando hace dos meses, al hallarlo en la calle, le dije que estaba evocando aquellas veladas en su casa, empezó a recordarlos nuevamente y me dejó asombrado al comprobar que sabía poemas enteros, no sólo de «Agua del tiempo», que han llegado a tanta popularidad, sino igualmente de mi repudiado «Humo de Incienso», como «La Yiradora», como aquel que comienza: «Y pensar que yo pude bifurcar tu destino», y varios más.

EL NATIVISMO

Estoy así en el comienzo de un nuevo camino pero lleno aún de ataduras que me tironean desde los ángulos del ayer, pero vence el presente. Mis pocos saberes no son tan pocos como para ignorar que el arte es continua lucha y evolución. Escribo así «La Yiradora», «Cabaret Criollo»; «La cicatriz»; «El Tango», y de repente: «El Puñal». De este poema paso a «El Rancho». Tomo conciencia — como se dice ahora — con mi realidad. Palpo la seguridad de estar creando una nueva poesía, por lo menos para el ambiente platense, pero no hallo donde publicar ninguno de esos poemas. Fracaso en «La Razón», fracaso en «La Noche». Andando por el Centro con algunos de mis fracasos en el bolsillo, paso por la puerta de «El País», en Mercedes y Ciudadela, donde está parado un joven amigo, estudiante, inquieto, inteligente, algo líder en ciertos movimientos de opinión democrática. Nos saludamos. Lo entero de mis deseos, me pide uno de los poemas; le entrego «El Rancho»; lo lee a la ligera; me hace grandes elogios y me lo pide para publicar en la página literaria y artística del diario, que hacían Orestes Baroffio y un señor Bernardino Orique, de Melo, que había sido Intendente en época de los blancos. A los pocos días se publicaba por vez primera — el primero de los Poemas nativos de «Agua del tiempo», con un retratito mío, muy sombrerudo. El joven era Carlos Quijano. Dicha publicación, seguida de otras, hizo camino. Críticas, aplausos; empiezo a recibir revistas de vanguardia, incluso de España. De ahí me llega la importante revista «Cosmópolis» con aquellos artículos de Guillermo de Torre, vocero de las nuevas escuelas; revista que dirige Gómez Carrillo y costea un uruguayo rico: Manuel Allende. Leo, leo. Se habla mucho de *ultraísmo*, escuela a base de imágenes, nuevas, inéditas, creadas... y me digo: *yo también estoy en esto: pero estas imágenes las estoy aplicando a lo autóctono*. Y así empezó *El nativismo*; un *ismo criollo*, uruguayo, con repercusión en el Río de la Plata y en otros lugares suramericanos.

Por eso aquellos que llaman *nativista* a Hernández, Ascasubi,

Hidalgo, etc., cometen un grave error. Unos lo dicen por ignorancia de los hechos... otros, creo que por hacerse los ignorantes, por no dar importancia a un hecho literario no sólo nuestro, sino, también, del presente. Lo cierto es que el término hizo fortuna, y el pueblo llama *nativista* a toda la poesía, y aún a todo el arte de esencia gauchesca. Si el autor del *Martín Fierro*; si don Hilario Ascasubi, si Estanislao del Campo, don Antonio Lussich y aún otros gauchescos, o criollistas del tiempo reciente, se oyeran desde el otro mundo, llamar poetas *nativistas*; a ellos que no aceptaron evolución alguna, *la cara que pondrían*.

El *nativismo* es eso, lo repito para los sordos: un *ismo*, una inquietud estética, una renovación, una *novedad* respecto a la vieja poesía gauchesca, en la cual el poeta, siendo hombre culto y bien educado, cantaba *haciéndose el gaucha*, sin serlo, y a veces, hasta *haciéndose el guarango*.

Pero ya estoy en el presente. A raíz de «Agua del tiempo» y el movimiento que lo siguió, mi vida literaria es bien conocida. Sin embargo, ello no obsta a que continúe esta *autobiografía*, y lo haré en oportunidad; ello amén de unas *memorias*, algo más detalladas ya, que hace años comencé a escribir a ratos perdidos, con largos intervalos y donde aparece ampliado todo lo anotado ya y muchas otras peripecias más.

Bueno, y ahora, volviendo al tono algo zumbón con que empecé mi *autobiografía*, voy a permitirme este final parodiando una antigua *milonga* anónima:

Caballeros bailarines,
mi *milonga* está bailada;
el que sea más milonguero
que se anime y la deshaga.

FERNAN SILVA VALDES

